PRISMA INTERNACIONAL

15 de octubre de 2015 *Nº 232*

Política

CONTENIDO

1. El plebiscito en Colombia: una oportunidad perdida por Atilio A. Borón 1
2. ¿Qué ha salido mal con el globalismo? por Anand Giridharadas 3
3. Aquí no ha pasado nada por Joaquín Villalobos 4
4. Explicar el fracaso por Héctor Abad Faciolince 6
5. ¿Quién debe dirigir las instituciones internacionales? por Ngaire Woods 8
6. La deshonra del PSOE por Manuel Castells 10
7. Juan Manuel Santos, nobel de la paz: un premio merecido, pero sobre todo oportuno por Juanita León 11
8. El bombardeo de Alepo por George Soros 13
9. La contrarreforma cubana por Rafael Rojas 13
10. Contratendencia por Emir Sader 15
11. Un Nobel explosivo por Mirko Lauer 16

1. El plebiscito en Colombia: una oportunidad perdida por Atilio A. Borón

El resultado del plebiscito colombiano reveló la profundidad de la polarización que, desde el fondo de su historia, caracteriza a la sociedad colombiana. También, la grave crisis de su arcaico sistema político incapaz de suscitar la participación ciudadana que ante un plebiscito fundacional -¡nada menos que para poner fin a una guerra de más de medio siglo!- que apenas si logró que una de cada tres personas habilitadas para votar acudiera a las urnas, una tasa de participación inferior a la ya de por si habitualmente baja que caracteriza a la política colombiana. La del día de ayer fue la mayor abstención en los últimos veintidós años y su resultado fue tan ajustado que hizo que la victoria del NO, como hubiera ocurrido ante un eventual triunfo del SI, sea más un dato estadístico que un rotundo hecho político. Los partidarios del SI habían dicho que lo que se necesitaba para consolidar la paz era una amplia victoria, que no bastaba simplemente con superar en votos a los partidarios del NO. Lo mismo cabe decir de sus oponentes. Pero nadie logró ese objetivo, porque la diferencia de un 0.5 % a favor del NO podría sociológicamente ser considerada como un error estadístico y que un nuevo recuento de votos podría eventualmente llegar a revertir.

Es prematuro brindar una explicación acabada de lo ocurrido. Habría que contar con información más pormenorizada que por el momento no está disponible. Pero no deja de ser

sorprendente que el anhelo de la paz, que era algo que cualquiera que haya visitado Colombia podía percibir a flor de piel en la gran mayoría de su población, no se haya traducido en votos para ratificar esa voluntad pacifista y refundacional de un país sumido en un interminable baño de sangre. En lugar de ello la ciudadanía reaccionó con irresponsable indiferencia ante la convocatoria para respaldar los acuerdos trabajosamente conseguidos en La Habana. ¿Por qué? Algunas hipótesis deberían apuntar, en primer lugar, a la baja credibilidad que tienen en Colombia las instituciones políticas, corroídas desde largo tiempo por la tradición oligárquica, la penetración del narcotráfico y el papel del paramilitarismo. Este déficit de credibilidad se expresa en una retracción del electorado, tanto más importante cuanto más alejadas se encontraran de las zonas calientes del conflicto armado las regiones en las cuales el NO triunfó con holgura. En cambio, aquellos departamentos que fueron teatro de operaciones de los enfrentamientos se manifestaron mayoritariamente a favor del SI. Para decirlo en otros términos: allí donde los horrores de la guerra eran experimentados sin mediaciones y en carne propia –principalmente las regiones agrarias y campesinas- la opción por el SI triunfó de manera aplastante. Tal es el caso del Cauca, con el 68 % votando por el SI; el Chocó, con 80 % por el SI; Putumayo, 66 % por el SI; Vaupes, 78 % por el SI. En cambio, en los distritos urbanos en donde la guerra era apenas una noticia que divulgaban los medios, satanizando de manera implacable a la insurgencia, quienes acudieron a las urnas lo hicieron para manifestar su rechazo a los acuerdos de paz.

Lo anterior remite a una segunda consideración: la debilidad del esfuerzo educativo hecho por el gobierno colombiano para explicar los acuerdos y sus positivas consecuencias para el futuro del país. Esta falencia había sido señalada por diversos observadores y protagonistas de la vida política de ese país, pero su llamado de atención al presidente Juan M. Santos fue desoído. El confiado optimismo que primaba en los círculos gubernamentales (y también en algunos sectores cercanos a las FARC-EP) unido a la imprudente confianza puesta en los pronósticos de las encuestas -que, una vez más, fracasaron escandalosamente- hizo que se subestimara la gravitación de los enemigos de la paz y la eficacia de la campaña basada en el visceral rechazo a los acuerdos promovida por el uribismo. El papel desempeñado por la derecha vinculada al paramilitarismo y los medios de comunicación, mismos que reprodujeron sin cesar las acusaciones de "traición" dirigidas al presidente Santos, galvanizaron un núcleo duro opuesto a la ratificación de los acuerdos que pese a ser minoritario en el conjunto de la población logró prevalecer porque sus adherentes acudieron masivamente a las urnas, mientras que sólo una parte de los que sí la querían se atrevieron a desafiar las inclemencias del tiempo y fueron a votar. Persuasiva resultó ser pues la "campaña de terror" orquestada por la derecha, que en sus ominosas caricaturas presentaba al comandante Timoshenko ya investido con la banda presidencial y presto a imponer la dictadura de los "terroristas" sobre una población indefensa y sumida en la ignorancia, misma que encontró en el voto por el NO el antídoto necesario para conjurar tan pavorosa amenaza.

En suma: es imposible abstraerse de la sensación de frustración que provoca este resultado. Como se dijo una y mil veces, la paz en Colombia es la paz en América Latina. Tremenda responsabilidad le cabe a las FARC-EP ante este deplorable resultado electoral. La sensatez demostrada por la guerrilla en las arduas negociaciones de La Habana deberá ahora pasar por una nueva prueba de fuego. Y es de esperar que la tentación de retomar la lucha armada ante el desaire electoral sea neutralizada por una actitud reflexiva y responsable que, desgraciadamente, no tuvo la ciudadanía colombiana. Las declaraciones del comandante Timoshenko ratificando que ahora las armas de la insurgencia son las palabras permiten

albergar una semilla de esperanza. Lo mismo las manifestaciones de la dirigencia del ELN y la alocución del presidente Santos poco después de conocidos los resultados del plebiscito. Ojalá que así sea y que esta guerra de más de medio siglo, que a lo largo de estos años tuvo un costo equivalente a casi la mitad del PBI actual de Colombia; que despojó de sus tierras y desplazó de sus hogares a casi siete millones de campesinos; que produjo 265.000 muertes oficialmente registradas; que victimizó por la vía indirecta a dos millones y medio de menores de edad; que esa pesadilla, en suma, que ha enlutado a la entrañable Colombia pueda hundirse definitivamente en el pasado para abrir esas grandes alamedas evocadas por el heroico presidente Salvador Allende por donde habrán de pasar los hombres y las mujeres de Colombia para construir una sociedad mejor. Ayer se perdió una inmejorable oportunidad para avanzar por el camino de la paz. Habrá otras, sin duda alguna.

Fuente: Rebelión, 3.10.16 por Atilio A. Borón, periodista, sociólogo y analista político argentino.

2. ¿QUÉ HA SALIDO MAL CON EL GLOBALISMO? POR ANAND GIRIDHARADAS

Hasta hace poco, no era común que alguien se definiera como “globalista”. Sin embargo, en una época de creciente nacionalismo, aquellos que ven el lado bueno del globalismo se han convertido en una tribu aparte (y con frecuencia acosada).

Recientemente, los globalistas celebraron una gran reunión en Nueva York. El encuentro se realizó en la Asamblea General de las Naciones Unidas, pero una variedad creciente de conferencias, cumbres y cenas paralelas también atrajeron a internacionalistas preocupados de todas las cepas: humanitarios, dirigentes de organizaciones no gubernamentales, donantes, inversionistas, vendedores de aplicaciones y celebridades.

No obstante, una ausencia fue notoria en ese evento. Casi por definición, tanto los nacionalistas como los localistas tienen poca representación en estas reuniones globales. Su escasez fue especialmente notable en esta ocasión, debido al auge del nacionalismo (ya sea en la forma de Donald Trump como vencedor de la candidatura republicana, en la del voto británico para salir de la Unión Europea, o en la de las reacciones negativas a la bienvenida de Angela Merkel a los refugiados) que se posó como un espectro en muchas de las discusiones.

Por supuesto, los globalistas tienen objetivos nobles, como trabajar a favor de un acuerdo sobre el cambio climático, encontrar una solución para la crisis de refugiados y profundizar el libre comercio. Sin embargo, parece que se está tomando conciencia sobre el hecho de que resolver los problemas mundiales se torna más difícil cuando los globalistas soslayan sus propios países.

Una y otra vez, en conversaciones privadas y foros públicos, los globalistas comentaron que se sienten asediados. Tomemos como ejemplo el discurso de despedida del expresidente Bill Clinton, el patriarca de la reunión globalista. La Clinton Global Initiative es uno de los factores que ayudó a transformar lo que comenzó como una semana centrada en la diplomacia de la ONU en un amplio foro económico mundial de aspiraciones internacionales. Clinton habló de la visión global de un mundo en el que todos ganan juntos, y de cómo esta noción ha sido atacada por las políticas tribales.

En un debate sobre la prosperidad compartida que fue moderado por Clinton, sus cuatro invitados fueron célebres globalistas. El pánel incluyó a Mauricio Macri, un antiguo hombre de negocios que recientemente venció al kirchnerismo populista y se convirtió en el presidente de Argentina; Matteo Renzi, el primer ministro italiano que moldeó su propia carrera

siguiendo el progresismo a favor del mercado que Clinton llamaba la Tercera Vía; Ngozi Okonjo-Iweala, un antiguo ministro de finanzas nigeriano y funcionario del Banco Mundial, y Sadiq Khan, el primer alcalde musulmán de Londres, que fue un fuerte defensor de la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea.

"Argentina ha padecido décadas de populismo", afirmó Clinton al darle la bienvenida a Macri. Luego le dijo a Khan que era "un ejemplo de la interdependencia positiva". Sin embargo, la perspectiva del pánel estuvo limitada por la ausencia de alguien que pudiera explicar la ira populista, que pudiera exponer, como lo expresó Clinton, por qué "la intensidad de los sentimientos de la gente que se resiste a que nos unamos sobrepasa a la intensidad de aquellos que obtienen beneficios de ello". Los defensores de un mundo más densamente imbricado parecían haber quedado atrapados en un embrollo. Desde hace mucho su proyecto ha sido lograr que la gente agrande la esfera de su preocupación, y vea más allá de las fronteras nacionales.

Sin embargo, hoy más que nunca si se desatiende a los trabajadores desempleados del cinturón industrial de Estados Unidos o si se ignora la insatisfacción con Europa que experimenta el norte de Inglaterra, se tornará más difícil ayudar a los refugiados sirios o detener el cambio climático.

Después de su conferencia, a Clinton le preguntaron sobre el reto de equilibrar la ayuda a Kenia con la atención a Kentucky, en una época en que la furia de Kentucky amenaza con empujar a Estados Unidos hacia un menor involucramiento en los problemas externos.

"Lo que llaman 'la furia de Kentucky' se alimenta, en parte, de la sensación de que la gente más poderosa en el gobierno, la economía y la sociedad ya no se preocupan por ellos y que los desprecian", respondió Clinton vía correo electrónico. "El dolor y la agresividad que vemos reflejados en la elección han estado formándose durante mucho tiempo", añadió.

Aun así negó la inevitabilidad de la tensión entre el globalismo y el nacionalismo, poniendo como ejemplo un programa que visitó recientemente para construir nanosatélites en la Universidad Estatal Morehead en la zona este de Kentucky. Kentucky se beneficia de este programa pero, según él, también podría hacerlo Kenia, donde los satélites podrían, por ejemplo, detectar el comercio de medicamentos falsos y ayudar a combatirlo.

"Cuando hay más oportunidades en una parte del mundo", dijo Clinton, "a menudo hay efectos positivos donde menos los esperas".

Fuente: The New York Times, 3.10.16 por Anand Giridharadas, escritor y columnista norteamericano

3. AQUÍ NO HA PASADO NADA POR JOAQUÍN VILLALOBOS

Dice mi amigo Héctor Aguilar Camín en una de sus novelas que "la política, vista de cerca, aun la política más alta, es siempre pequeña, mezquina, miope, una riña de vecindario. Solo el tiempo da a los hechos políticos la dignidad distante, el sentido superior que es su justificación y, con suerte, su grandeza". El virtual empate en el plebiscito colombiano es menos fatal de lo que parece y podría derivar en una mayor solidez para la paz. Toda negociación es un proceso compuesto por negociaciones simultáneas que ocurren entre los contendientes y dentro de los contendientes. Desde el inicio fue claro que la paz estaba cerca en La Habana, pero lejos de los consensos de Bogotá. El resultado del referéndum no es el regreso a la guerra, sino el comienzo de la política y este es el propósito fundamental del proceso, por lo tanto aquí no ha pasado nada.

Durante muchas décadas Colombia ha sido, por un lado, una democracia que ha funcionado bastante mejor que en otros lugares del continente, pero al mismo tiempo ha vivido una violencia más severa y prolongada que la que generaron algunas dictaduras. Terminar el conflicto supone lidiar con estas realidades como si se tratara de unir a dos países distintos. Esto implica confrontar diferencias sobre cómo se vive o se ha vivido el conflicto. A mayor proximidad o lejanía de la guerra corresponden más unidad o mayor indiferencia de la sociedad para un acuerdo. El éxito de la estrategia militar del Estado alejó el conflicto de los centros vitales, pero creó un nicho electoral rentable para la competencia política que dificulta los consensos sobre el acuerdo de paz. En ese sentido, el plebiscito fue más una medición de fuerzas de cara a las elecciones presidenciales del 2018 que un referéndum sobre la paz.

Se podría pensar que fue incorrecto realizar la consulta. Sin embargo, el casi empate en el plebiscito deja clara la importancia que tenía su realización. Con una sociedad dividida la implementación de los acuerdos estaría en riesgo sin consensos políticos. Para imponerse, tanto el sí como el no, requerían una ventaja abrumadora, pero con una diferencia tan estrecha el mandato de los ciudadanos sirve para que los políticos negocien y no para retornar a la guerra. Esto es altamente positivo para el proceso de paz.

Se puede pensar también que fue incorrecto firmar el acuerdo con las FARC sin tener un consenso con la oposición, pero eso hubiera implicado perder la oportunidad de desatar la dinámica que sobre la marcha ha puesto fin a medio siglo de guerra. La existencia de un acuerdo minuciosamente elaborado, los encuentros con las víctimas, el cese de fuego bilateral que ya está funcionando, los contactos entre militares y combatientes, el cese de fuego unilateral del ELN, la posibilidad de que este grupo se sume al proceso, el impresionante interés de la comunidad internacional, el perdón público ofrecido por el líder de las FARC, el despliegue de Naciones Unidas para verificar el desarme y la reducción dramática de la violencia en el último año, son todas sólidas conquistas que se relacionan con haber tomado la oportunidad por la paz.

La voluntad de combate tanto de insurgentes como de militares está ahora bajo la influencia de esta realidad construida por el acuerdo firmado

La voluntad de combate tanto de insurgentes como de militares está ahora bajo la influencia de esta realidad construida por el acuerdo firmado. En otras palabras, la guerra está atrapada y bajo pleno control de la política. Nadie puede despreciar el enorme valor que esto tiene, al igual que no se puede despreciar la necesidad del consenso con quienes llamaron a votar por el no. Pero sin guerra hay mejores condiciones para que los políticos colombianos hagan ahora su oficio de negociar.

Dicen que no hay mal que por bien no venga y al parecer esto ha ocurrido en Colombia. La polarización es claramente la amenaza más grave al posconflicto y ha venido creciendo exponencialmente entre las principales fuerzas políticas, dividiendo no solo a la sociedad, sino a las familias. La polarización no solo haría fracasar el proceso de paz, sino que podría llevar al país a una crisis de gobernabilidad. Algo similar a lo ocurrido en El Salvador, donde la paz fue un éxito que los partidos convirtieron en fracaso. El empate del referéndum obliga a que los políticos se reconcilien para detener y revertir la polarización y esto es buena noticia. La guerra ha concluido y ha comenzado la política y en esta, recordando a Camín, la intriga, los egos y las vanidades pesan tanto como los intereses estratégicos, esto la vuelve complicada y peligrosa, pero también menos aburrida.

Fuente: El País, 5.10.16 Joaquín Villalobos fue guerrillero salvadoreño y es asesor del Gobierno colombiano en el proceso de paz con las FARC

4. EXPLICAR EL FRACASO POR HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

Es muy fácil ser sabio el día después. Cuando ocurre lo que nadie se esperaba, ni siquiera los expertos, entonces los expertos salen (salimos) a explicarlo, serios como tahúres y sin vergüenza alguna de no haberlo previsto antes. En un mundo globalizado, lo que antes se llamaba, con pomposas palabras hegelianas, "el espíritu de la historia", hoy lleva un nombre mucho más vulgar: trending topic, y lleva un # para indicar el hashtag. El trending topic que ganó en el plebiscito colombiano es bien curioso, un "sí pero no": #SiALaPazPeroEstaNo. Yes but not. El contradictorio corazón humano entiende estos absurdos de la lógica formal.

Hay sabios que ahora dicen, por ejemplo, que el voto colombiano por el no al acuerdo de paz se debe a la falta de educación y a la ignorancia de un pueblo que es manipulado por la mentira de los enemigos de la paz. O que votó poca gente por el huracán. Hay en esto algo de verdad. Pero como lo mismo ha ocurrido en la culta Gran Bretaña con el Brexit, en Alemania con el castigo a Merkel por decir cosas sensatas sobre los refugiados, en los países de la primavera árabe con el voto mayoritario por los fanáticos religiosos o en Estados Unidos en vísperas de la elección de Donald Trump, me da la impresión de que la "ignorancia" de los colombianos no es buena explicación.

En realidad parecemos un pueblo muy adaptado al mundo contemporáneo, globalizado, y en el mismo trending topic de la Tierra: la insensatez democrática. Si lo nuestro es ignorancia, forma parte de la misma ignorancia global, del primer mundo que destruye la idea de una Europa unida y en paz, del segundo mundo que elige una y otra vez al mafioso de Putin, y del tercer mundo del extremo oriente y del extremo occidente. América Latina, recuérdenlo, es el extremo occidente, con un alma tan misteriosa e incomprensible como la del extremo oriente. Tan misteriosa como la supuesta cultura del centro: la europea occidental que hoy persigue el suicidio como solución.

En Colombia, como en el mundo entero, la lucha democrática se juega entre una clase política vieja y cansada (bastante sensata, tan corrupta como siempre y desprestigiada por decenios de feroz crítica nuestra, de los "intelectuales") contra otra clase política menos sensata, más corrupta que la tradicional, pero cargada de eslóganes y payasadas populistas. El populismo, la demagogia vulgar, ha arrasado en todo el mundo. Berlusconi fue el prólogo, porque en Italia son los magos del trending topic y se inventa todo antes. Vinieron Chávez, Putin, Uribe, Ortega. ¿Vendrán Trump y Le Pen? Quizá. Todos son demagogos perfectos, cleptócratas que denuncian a la vieja cleptocracia.

El pueblo prefiere votar por ellos con tal de cambiar. ¿Un salto al vacío? Sí. Es preferible el salto al vacío que el aburrimiento de la sensatez. La sensatez no da votos: produce bostezos. Y a lo que más le temen los votantes es a aburrirse. Un pueblo incapaz de aburrirse con buena música, con libros, con cultura, es un pueblo dispuesto a votar por cualquier disparate con tal de divertirse un rato; con tal de ver derrotados, pálidos y ojerosos a los políticos que, por llevar años en la televisión y en el poder, más detestan. Mejor cambiarlos por otros, aunque sean locos. Es una especie de borrachera, de viaje de drogas, de danza dionisiaca.

Y así nos toca asistir al trending topic de la insensatez mundial. Para ponerle un hashtag apropiado, propongo algunos: #QueGaneElDemagogo, #TodoMenosLaPolítica, #AFavorDelQueEstéEnContra. En fin, alguna cosa así: el espíritu de la historia. Los países

que ya lo han ensayado empiezan a salir, con una resaca horrenda. Venezuela ya no quiere seguir el experimento chavista, y tarde o temprano saldrá de la locura que los ha consumido económica y moralmente. Ya Italia vivió la penitencia de 15 años de Berlusconi y tal vez no quiera regresar a algo parecido con Beppe Grillo. A Gran Bretaña le llegó la resaca del Brexit al día siguiente, pero ya no sabe cómo evitar la pesadilla que la mayoría votó.

¿Qué haremos en Colombia? Estamos como estaría Estados Unidos al día siguiente del triunfo de Trump: atónitos, desconsolados y sin saber qué va a ocurrir. Pero quizá las cosas sean más sencillas. No tan hegelianas (el pomposo "espíritu de la historia") sino más bien nietzscheanas: humanas, demasiado humanas. Todo sigue siendo una feria de vanidades. Si Uribe estuviera en el Gobierno, habría firmado la misma paz con las FARC, aunque quizá sin nada escrito y con una dosis muy, pero muy baja de verdad. A Uribe lo que menos le interesa es la verdad, pues en la verdad podrían salir muy salpicados él y sus amigos más íntimos. Pero en el fondo el acuerdo sería parecido. Para que ganara el no, ha dicho muchas mentiras que ni él mismo se cree: que el comunismo tomará el poder, que ya viene el lobo del castrochavismo, que está en contra de la impunidad de los terroristas. Qué va, no es eso. Santos y Uribe quieren lo mismo: ser ellos, cada uno, los protagonistas del acuerdo, y que el protagonista no sea su adversario político. Es un asunto humano, demasiado humano, de pura vanidad. La paz sí, pero si la firmo yo.

Cambiar el acuerdo de paz, que es lo que el pueblo ha decidido al votar mayoritariamente por el no, es posible jurídicamente, pero muy difícil políticamente. El presidente Santos tendría que darle a Uribe uno o dos puestos en la mesa de negociación de La Habana. Los delegados de Uribe tendrían que obtener algo de las FARC (digamos dos años de cárcel), y todo esto a cambio de lo que tanto Uribe como las FARC quieren: una asamblea constituyente. Con una nueva Constitución pactada con las FARC, Uribe podría nuevamente aspirar a ser presidente (lo que está prohibido en la Constitución actual), y las FARC podrían ser un nuevo gran partido de la izquierda populista (estilo Ortega y Chávez). Así, todos contentos. Pero, obviamente, Santos no querrá que Uribe le quite el protagonismo. Así que no sabemos nada, y viviremos en un pantanero confuso hasta que haya elecciones y tengamos un nuevo presidente.

El 2 de octubre se acabó el periodo de Santos, el presidente que hizo el esfuerzo más serio por la paz y alcanzó a firmarla, para verla caer ocho días después. Gobernará por ley y por inercia hasta el 7 de agosto de 2018. Y el proceso de paz seguirá en un limbo de incertidumbre jurídica y real. Pero eso no importa, Colombia es el país en el que todo es provisional, todo es por el momento, mientras tanto. Un país hiperactivo y sobreexcitado, experto en drogas estimulantes: cafeína, cocaína, nicotina, alcohol.

No es que los encuestadores fracasaran al pronosticar el triunfo del sí; lo que pasa es que la gente contestó mentiras, les daba vergüenza votar por el no, pero votaron. Así como les da vergüenza decir que votarán por Trump, pero votarán. Los que votamos por el sí soñábamos con "una paz estable y duradera". La mayoría, el no, votó por una incertidumbre estable y duradera. Al fin y al cabo ese es el verdadero trending topic de Colombia, ahora y siempre: #UnaIncertidumbreEstableYDuradera. Como estará el mundo entero cuando amanezca el 9 de noviembre del 2016 y haya ganado Trump. Yo ya sé lo que se siente: miedo, tristeza y desesperación.

Fuente: El País, 4.10.16 Héctor Abad Faciolince escritor colombiano.

5. ¿QUIÉN DEBE DIRIGIR LAS INSTITUCIONES INTERNACIONALES? POR NGAIRE WOODS

La ONU busca un nuevo secretario general. La presidencia del Banco Mundial está disponible. La Organización Mundial de la Salud necesita un nuevo jefe. Lo mismo ocurre con varias otras organizaciones internacionales. En tiempos que los conflictos de intereses entre Estados Unidos y sus aliados, junto al ascenso de China y Rusia, afectan la cooperación internacional, no podría ser más importante la pregunta de quién ha de llenar estos puestos vacantes.

En el pasado, el proceso de selección del candidato correcto ha reflejado las rivalidades entre países y las competencias de popularidad entre gobiernos, ONG y medios de comunicación. Es evidente que este nunca fue el mejor enfoque, pero la cooperación seguía siendo viable, con unos Estados Unidos hegemónicos como potencia dispuesta y capaz de mantener unidas las instituciones internacionales.

Hoy en día, las impredecibles declaraciones del candidato presidencial estadounidense Donald Trump y la visión más aislacionista que fomenta entre sus partidarios han ido generando una actitud nerviosa en el resto del mundo acerca del cambiante papel de Estados Unidos en el planeta. Y sus aliados en Europa no son precisamente los más estables, debido a una combinación de retos económicos profundos, la inminente salida del Reino Unido de la Unión Europea y el creciente apoyo a las fuerzas políticas populistas en muchos países.

Más aún, Estados Unidos y sus aliados no sólo están poco dispuestos a apuntalar la cooperación global, sino que carecen de la capacidad incluso para intentarlo. La última edición de Perspectivas de la economía mundial del Fondo Monetario Internacional señala que Estados Unidos y sus aliados representarán apenas un 39% de la producción mundial en 2020, muy por debajo del 64% actual, y que la proporción de EE.UU. bajará del 22% al 15%.

Para las instituciones internacionales esto significa que la comunicación, el mutuo acuerdo y el consenso son más importantes que nunca, y no solamente entre países. Dado el fuerte sentimiento antisistema e incluso nacionalista que existe en muchas naciones, las instituciones internacionales también deben estar más abiertas y tener una mayor capacidad de respuesta al público global al que se supone presta sus servicios.

Todo esto exige un enfoque más meritocrático y sin sesgo alguno para los puestos dirigentes de las instituciones internacionales. Para evaluar los candidatos de manera justa y eficaz se deben usar cinco criterios clave.

Primero, los candidatos deberían tener una capacidad demostrada no solo de definir una misión, sino de asumir las tareas más desafiantes de movilizar una amplia coalición de actores para alcanzarla. Por ejemplo, el Secretario General de la ONU Ban Ki-moon no tenía dificultades para identificar problemas críticos, desde crisis humanitarias específicas en países como Haití, Myanmar y Paquistán a retos más amplios como el cambio climático y la pobreza global. Pero es cuestionable su éxito en lograr convocar a los países para colaborar en la respuesta ante ellos.

En segundo lugar, los líderes deben poder persuadir a los países para que financien a sus organizaciones. El ex Presidente del Banco de Desarrollo Africano Donald P. Kaberuka convenció a los países de duplicar sus aportes durante su mandato; en el mismo ciclo, los recursos del Banco Mundial aumentaron en solo un tercio.

Pero no es solamente cosa de obtener más dinero. Las organizaciones tienen que centrarse en ampliar sus recursos centrales, los que no están vinculados a ninguna tarea específica, en lugar de lograr más recursos discrecionales o específicos para determinados proyectos. De lo

contrario corren el riesgo de convertirse en meros ejecutores en vez de plataformas críticas para una cooperación amplia.

Lamentablemente, en los últimos años la financiación discrecional ha pasado a ser mayoritaria, representando en la actualidad más de un 90% de los recursos en varias agencias. La Organización Internacional para las Migraciones, cuya importancia ha quedado en evidencia con la actual crisis de los refugiados, depende por completo de ella. Para cambiar esto, las organizaciones internacionales precisan de líderes que además sepan vender, lo que significa que se los tiene que percibir como genuinos y confiables.

El tercer criterio para liderar con eficacia una institución internacional es una gestión sólida y orientada a los resultados. Para ser seleccionados, los candidatos ya deberían contar con experiencia a la cabeza de una organización que haya funcionado bien y logrado los resultados que se haya propuesto. Debería haber evidencia de que el candidato puede traducir una visión en un plan, con puntos de referencia claros sobre sus avances. Los candidatos actuales son insuficientes en este respecto.

Esto puede tener consecuencias de largo alcance. El Presidente del Banco Mundial Jim Yong Kim ha recibido fuertes críticas por su manejo de su iniciativa estrella: la restructuración interna. El proceso se ha alargado ya cuatro años y muchos miembros del personal alegan que está minando la eficacia de las operaciones crediticias. Si bien es complicado evaluar estas quejas de manera fiable, una encuesta interna filtrada acerca de los empleados de la institución indica que, como mínimo, su cultura de administración debe mejorar.

Lo cual se relaciona estrechamente con el cuarto criterio: contratar (y conservar) el personal adecuado. Ningún líder puede hacerlo todo por sí mismo, por lo que es crucial escoger un equipo de alta calidad. Si quienes trabajan en la organización están insatisfechos, será casi imposible reclutar a las personas con mayor talento y motivación.

Más allá de crear una cultura abierta, motivadora y de apoyo (reflejada en encuestas internas que se publican y no se filtran), los directivos de las organizaciones internacionales deben resistir las presiones de los países miembros para contratar altos funcionarios específicos que no son necesariamente los candidatos con mejor rendimiento. Más aún, deben estar dispuestos y ser capaces de identificar y despedir a los altos puestos que no se ajustan al estándar. Las palabras clave deben ser meritocracia y alta moral.

El criterio final del liderazgo eficaz de una organización internacional tiene relación con la rendición de cuentas. En el último par de décadas, los jefes del FMI, el Banco Mundial y la Agencia para Refugiados ACNUR han dejado sus cargos en una atmósfera de sospechas. Últimamente algunos directivos han establecido códigos de conducta mucho más estrictos y depende de los nuevos asegurarse de que se pongan en práctica. Es esencial tener una actitud de bienvenida hacia la evaluación independiente, así como divulgar sus resultados.

El mundo necesita más que nunca instituciones internacionales sólidas, y éstas precisan de dirigentes destacados que puedan generar consenso entre gobiernos cada vez más reacios y hostiles y, al mismo tiempo, atraer recursos suficientes y movilizar a personas talentosas que hagan bien el trabajo. No son tiempos de ceder para obtener logros políticos de corto plazo.

Fuente: Project syndicate, 5.10.16 por Ngaire Woods is Dean of the Blavatnik School of Government and Director of the Global Economic Governance Program at the University of Oxford.

6. La deshonra del PSOE por Manuel Castells

Mientras usted lee estas líneas en su calma sabatina, los barones regionales del PSOE ultiman su reunión para atar de antemano el comité federal a celebrar los próximos días en donde esperan imponer una fórmula para que Rajoy y el más corrupto partido de nuestra democracia (y mira que hay candidatos al título…) continúen gobernando cuatro años más. O lo que les deje la fronda parlamentaria que se vislumbra…

Con la más que probable decisión socialista de abstenerse en la votación de investidura de Rajoy se culmina el golpe de Estado interno que marca un hito en el proceso de degeneración política del PSOE, el partido más histórico de España. No tanto por su apoyo implícito al PP, anunciador de esa gran coalición a la alemana, tan ansiada por los viejos líderes socialistas (pero no todos, no Borrell por ejemplo), sino por las razones que motivan esa abstención y por la forma en cómo se ha producido el vuelco de la dirección socialista.

Es un gran fraude a los electores, uno más, porque el PSOE en su conjunto fue a las elecciones prometiendo "no es no" y luego resulta que es sí. Si alguien hubiese querido dañar definitivamente la credibilidad de la política, este es el diseño adecuado.

Por negativa que sea la continuidad del Gobierno Rajoy sin rectificación de políticas o hábitos corruptos (Gürtel, Rita), se puede opinar que es un mal menor comparado con la disfuncionalidad de gobernar en funciones. Pero no es esa la razón esencial de la actitud de los barones socialistas. Lo que realmente les motiva es el miedo a unas terceras elecciones en que puedan perder sus escaños y el partido en su conjunto pierda cuotas de poder. Es el triunfo de la estrategia de Rajoy sentándose en la puerta hasta ver pasar el cadáver político de su enemigo Pedro Sánchez, a quien se la tenía jurada. Algunos comentaristas argumentan que el PSOE no tenía otra. En realidad, había una posibilidad de constituir una alternativa sobre la base de los 180 votos que tumbaron el primer intento de investidura.

Y en eso estaba Pedro Sánchez, esperando, además, obtener la abstención de Ciudadanos y el apoyo de Podemos dentro o fuera del Gobierno. Y, naturalmente, la abstención o apoyo de los nacionalistas catalanes y vascos. Y esta es la segunda razón detrás del golpe de Estado. Se ha creado un autodenominado bloque constitucionalista, que excluye por definición a un tercio del electorado, como si defender el derecho a decidir legal y democráticamente fuese un motivo para denegar la participación en el sistema político. Es, en realidad, un frente anticatalán el que está en la base de la alerta roja que se declaró en el Partido Socialista cuando Sánchez intentó negociar la formación de una alternativa.

Claro que Podemos perdió la oportunidad de configurar esa alternativa en parte por inexperiencia y error político, pero sobre todo porque a Pedro Sánchez le obligaron a pactar primero con Ciudadanos, el partido del Ibex 35 y vanguardia del nacionalismo español. Por eso quiso hacer un último intento de gobierno alternativo, aprovechando la nueva disposición de un Podemos que aprendió la lección. Para lo cual Sánchez tenía que desbordar los límites que le habían fijado sus poderes fácticos. La única forma era dar voz y voto a los militantes del Partido Socialista, mayoritariamente partidarios de una alianza progresista que ya gobierna las principales ciudades. De ahí la idea de un congreso y unas primarias a tiempo para presentar una alternativa.

Y como la posibilidad era real, los caciques meridionales que aún mantienen su poder mediante un clientelismo corrupto decidieron que ya era la hora de decapitar a Pedro Sánchez. Sin debate real, sin dejar que se abriera la decisión a los militantes, preparando la votación de antemano e imponiendo un intimidatorio voto a mano alzada característico de la UGT de las

cuencas mineras de donde viene la cabeza visible de la junta (perdón, gestora) golpista. Aquí se acaba la política de ideas y debates estratégicos y surge la realidad descarnada de aparatos de poder cuya prioridad es el poder por el poder. Aunque sea un poder escuálido que va desvaneciéndose conforme la sociedad penetra la política institucional. Sectores socialistas, y muy especialmente el Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC), han preservado la sensatez, el sentido de la democracia interna y, en último término, su honra.

Y por eso ya se oyen voces para callarlos, por ser catalanes, ergo sospechosos, y resurge el fantasma de la federación catalana del PSOE. Porque los políticos tradicionales saben que cualquier apertura real a la sociedad significa limitar el poder de las oligarquías políticas. Esas son las razones, unas explicitas, otras no, del golpe de Estado conducido por las brigadas acorazadas sureñas con amplio apoyo mediático e internacional.

Incluso a los golpistas les da igual que Podemos se haga hegemónico en la izquierda, porque lo que quieren es moverse al centro y construir un cordón sanitario contra Podemos hasta expulsarlos del sistema institucional y confinarlos a la calle en donde los antidisturbios les tienen ganas. Bien haría Podemos en no caer en la provocación. Por ejemplo, sería un grave error romper alianzas de gobiernos locales y autonómicos por desacuerdos que no sean de la esfera de gestión correspondiente. Precisamente porque una nueva política tiene que construirse desde fuera y dentro del sistema, es esencial ganar legitimidad en una gestión de nuevo tipo.

Podemos tiene la oportunidad de mostrar cómo un debate democrático profundo y respetuoso es una seña de identidad de una política de nueva generación. Y tal vez si persiste esa dinámica en la sociedad, la mayoría socialista que claramente no concuerda con sus patrones tradicionales pueda, mediante debates y congresos, conectar el glorioso pasado del PSOE con el socialismo del siglo XXI.

Fuente: La Vanguardia, 8.10.16 por Manuel Castells, sociólogo español

7. Juan Manuel Santos, nobel de la paz: un premio merecido, pero sobre todo oportuno por Juanita León

En menos de una semana, el presidente Juan Manuel Santos pasó de ver su legado en peligro a garantizar su puesto en la historia de Colombia como premio nobel al lado de Gabriel García Márquez, un giro sorprendente incluso para este frenético país latinoamericano.

Después de que el acuerdo de paz logrado con la guerrilla de las Farc fue rechazado por un estrechísimo margen en las urnas el pasado domingo, el mandatario colombiano ganó el Nobel de Paz que tanto anhelaba. Un premio a su merecido esfuerzo por conseguir el fin del conflicto armado del país, que llega en el momento en que más lo necesitaba para darle el impulso que hace falta para conseguir la paz.

El acuerdo con las Farc, una guerrilla de seis mil combatientes, surgió en un contexto internacional y nacional muy favorable.

La llegada al poder de exguerrilleros de izquierda en toda América Latina, como Daniel Ortega en Nicaragua o Dilma Rousseff en Brasil; la convicción de Hugo Chávez de que para la expansión de su socialismo del siglo XXI era más conveniente que las Farc buscaran el poder dentro de la democracia, y su debilitamiento militar tras ocho años de Seguridad Democrática liderada por Álvaro Uribe, convencieron a las Farc de sentarse en la mesa de negociación con el objetivo de dejar las armas.

El fin del multimillonario Plan Colombia financiado por Estados Unidos y el escándalo de los falsos positivos —más de mil soldados fueron acusados de ejecutar extrajudicialmente a jóvenes pobres a quienes vestían de guerrilleros para recibir como recompensa un fin de semana libre— también convencieron a los más poderosos de la clase dirigente colombiana de que era menos costoso buscar una negociación de paz que seguir intentando una derrota militar.

Más allá de este contexto favorable, las condiciones personales de Santos contribuyeron de manera decisiva para sacar adelante esta negociación.

En primer lugar, su habilidad para rodearse bien le ayudó a escoger un equipo de negociadores impecable. El jefe negociador, Humberto de la Calle, un estadista con gran habilidad política y experiencia en procesos de paz, y el alto comisionado de Paz, Sergio Jaramillo, un introvertido y poco conocido pero brillante intelectual que venía de diseñar la Seguridad Democrática de Uribe en el Ministerio de Defensa. Ambos forjaron una negociación que condujo a que por primera vez en 50 años las Farc aceptaran dejar las armas a cambio de crear las condiciones para convertirse en un partido político con vocación de poder.

El conocimiento íntimo que tiene Santos del congreso, de la economía y de las fuerzas militares le sirvieron para mover muchas piezas a la vez y remover los obstáculos que fueron surgiendo. Su experiencia como ministro de Defensa le dio inicialmente confianza a la clase dirigente de que no iba a regalarle el país a la guerrilla, y también tuvo la astucia para ofrecerle incentivos a los militares para que no fueran, como en el pasado, una talanquera a la negociación. Además, ser un hombre cosmopolita con contactos afuera del país le ayudó a crear un ambiente internacional favorable casi desde el primer día.

Sin embargo, el hecho de que hubiera sido elegido bajo la promesa electoral de acabar con la guerrilla y de que llegara al poder para negociar con ella fue interpretado como una traición por parte de su antiguo aliado, el expresidente Álvaro Uribe, y por buena parte del pueblo colombiano que lo apoya.

Ser un hombre frío, calculador, a quien muy pocas cosas conmueven y muy pocas perturban, le ha permitido al presidente capotear el proceso en momentos críticos. Pero eso mismo le ha impedido entablar una conexión real con los colombianos para convencerlos de las bondades de una negociación con una guerrilla con muy baja popularidad en el país.

Esto a pesar de que la negociación, tal como fue pactada, ayudaría a cerrar las brechas de inequidad entre la Colombia rural y la urbana, a reducir los cultivos de coca y a que las víctimas tuvieran más verdad y más reparación, y un poco más de justicia.

Sus problemas de liderazgo llevaron a que el acuerdo de paz fuera derrotado en las urnas el domingo por un No impulsado por el expresidente Uribe.

Con esa victoria inesperada, un Uribe triunfal regresó al palacio presidencial, la Casa de Nariño, a una reunión con el objetivo de forzar una renegociación del acuerdo de paz con las Farc.

El anuncio del Nobel de Paz le da a un Santos humillado el oxígeno necesario para intentar convertir su derrota en las urnas en una oportunidad de mejorar el acuerdo de paz con las Farc, incorporando algunos ajustes que le den a lo logrado la legitimidad necesaria para ser aceptado por los colombianos.

El premio pone los ojos del mundo sobre el expresidente Uribe y le exige, en este momento crucial para Colombia, poner el interés máximo de evitar un regreso al conflicto armado por encima del interés electoral de regresar al poder para continuar su proyecto conservador.

También le exige a las Farc y al presidente Santos ser fieles a la declaración que hicieron por separado cuando se conoció el anuncio del Nobel: perseverar hasta conseguir "el más importante premio: la paz de Colombia".

Fuente: The New York Times, 8.10.16 por Juanita León, periodista colombiana y dirige el portal de noticias La Silla Vacía.

8. El bombardeo de Alepo por George Soros

El mundo es testigo en Siria de una catástrofe humanitaria de proporciones históricas, perpetrada por el presidente ruso Vladimir Putin en apoyo de su protegido, el presidente sirio Bashar al-Assad. La población civil de Alepo (la ciudad más populosa del país) está siendo bombardeada por aviones rusos que intentan ayudar a las fuerzas del gobierno sirio a tomar el control de áreas en poder de los rebeldes

El asalto combinado provocó, entre otras cosas, la muerte de cientos de personas y heridas a más de un millar; sacó de servicio los hospitales de la ciudad que quedan; y dejó a la población sin agua potable.

La escalada agresiva de Putin busca aprovechar los tres meses que faltan para la inauguración de la próxima presidencia estadounidense, el 20 de enero. Se basa en el frío cálculo de que la transición política mantendrá casi paralizado a los Estados Unidos. Como expresó el New York Times: "Putin calcula que es difícil que el presidente saliente Obama intervenga en la escalada del conflicto sirio, y su sucesor o sucesora, que tal vez contemplaría aplicar una política más dura, todavía no estará en el cargo". Luego el periódico cita al politólogo ruso Nikolai V. Petrov: "Quien asuma la presidencia de los Estados Unidos se enfrentará a una nueva realidad y estará obligado a aceptarla".

Otros informes del New York Times y otros medios describieron vívidamente el sufrimiento del pueblo de Alepo y los heroicos esfuerzos de médicos y organizaciones civiles como los Cascos Blancos, que arriesgan sus vidas para ayudarlo. Cuando los hechos terminen de conocerse, el bombardeo de Alepo ordenado por Putin será considerado uno de los crímenes de guerra más flagrantes de la historia moderna.

Hago un llamado al pueblo de Rusia, Estados Unidos, Europa y el resto del mundo a no quedarse de brazos cruzados, sino hacer correr la voz y denunciar este ultraje. Una oleada de críticas de la opinión pública tal vez convenza a Putin de poner fin al espantoso crimen contra la humanidad que está cometiendo.

Fuente: Project syndicate, 11.10.16 por George Soros is Chairman of Soros Fund Management and Chairman of the Open Society Foundations

9. La contrarreforma cubana por Rafael Rojas

La reforma cubana logró un estatuto conceptual sólido, pero entre 2011 y 2016 —entre el VI y el VII congresos del Partido Comunista— pareció avanzar lentamente. Los más acreditados economistas de la isla y la diáspora consideraron insuficientes los llamados "lineamientos", aunque admitieron que se trataban del punto de partida para un sector no estatal que facilitaría el tránsito a un socialismo de mercado. A partir del séptimo congreso, después del popular viaje de Obama, se han dado indicios de una contrarreforma. En la política económica, las

relaciones internacionales, la ideología y la cultura, vemos una reafirmación de la hegemonía del Estado, que se refleja también en el aumento del control de la esfera pública, las redes electrónicas alternativas, la represión de la sociedad civil y la oposición y el endurecimiento de la retórica oficial.

Estudios recientes arrojan que en 2015 los trabajadores por cuenta propia, los usufructuarios agrícolas, los empresarios inmobiliarios y los cooperativistas de servicios representan cerca del 30% de la fuerza laboral. Sus posibilidades de crecimiento son grandes, ya que el Gobierno ha reconocido que por lo menos dos millones de trabajadores sobran en el ámbito estatal y podrían incorporarse a la pequeña o mediana empresa.

Los expertos argumentan que si bien los emprendedores obtienen ganancias, ven frenada su expansión por el alto coste de los insumos, el bajo precio pagado por el acopio y la variada y gravosa carga de impuestos. A los empresarios extranjeros que invierten millones, se les concede una moratoria fiscal de ocho años. A los depositantes en cuentas, en cambio, les aplican gravámenes de hasta el 58%. Además de pesados, los impuestos mensuales y anuales son múltiples: por ingresos, seguridad social, ventas, fuerza laboral… Y tienen la peculiaridad de ser menores mientras más gana el empresario: quien gana 300 pesos convertibles paga al fisco el 20%.

El incremento de la presión sobre el sector no estatal en el último año se corresponde con un giro en la política exterior más proclive a los tradicionales aliados de La Habana. En junio de este año, Raúl Castro fue anfitrión de la Asociación de Estados del Caribe (AEC), donde reiteró su rechazo a la reincorporación a la OEA, que impulsa el secretario, Luis Almagro, y denunció a esa organización como “instrumento de dominación imperialista”.

La mala racha de las izquierdas gobernantes, confirmada en las derrotas del oficialismo en las elecciones legislativas venezolanas, del kirchnerismo en las presidenciales argentinas, de Evo Morales en el referéndum para la reelección, más la destitución de Dilma Rousseff en Brasil, ha devuelto la isla a su viejo circuito ideológico. El mandatario pidió petróleo en carta pública a Vladímir Putin, que el Kremlin respondió fríamente, aludiendo a dificultades de pago de los cubanos, mientras Granma celebraba al régimen de Corea del Norte en los días de la quinta prueba nuclear de Kim Jong-un.

Castro viajó a la reunión del Movimiento de los No Alineados en isla Margarita, donde achacó las dificultades económicas y la represión política en ambos países a los “planes injerencistas y subversivos” del Gobierno de Obama. Luego regresó a La Habana para recibir al presidente de Irán, Hasán Rouhaní, quien ha recompuesto la alianza con Rusia ante el conflicto sirio y ha intensificado su retórica contra Washington, al que acusa de aliarse con los “terroristas”, no los del Estado Islámico, sino los opositores al régimen de Bachar el Assad.

La ideología y la cultura cubanas viven algo más que una reparación de daños simbólicos por la normalización diplomática. El acoso contra proyectos no oficiales, que van desde iniciativas reformistas como Cuba Posible hasta disidentes como Cubalex, se ha reforzado, junto con la sistemática neutralización del movimiento opositor, basada en arrestos preventivos. Nunca antes la negativa a conceder libre acceso a Internet se presentó tan claramente como una prioridad del control estatal sobre la esfera pública.

La estigmatización oficial no solo afecta a opositores sino a empresarios, activistas de organizaciones no gubernamentales y académicos reformistas, que apuestan, no por un desmantelamiento del Estado, sino por una limitación de su hegemonía. Con su contrarreforma, el Partido Comunista y el Gobierno de Cuba demuestran que no saben

distinguir entre hegemonía estatal y dominio absoluto. Regir el país significa, para los líderes de ambas instituciones, impedir que circulen las voces del cambio y se muevan ideas alternativas al poder.

Fuente: El País, 13.10.16 por Rafael Rojas, historiador cubano.

10. CONTRATENDENCIA POR EMIR SADER

Como los medios dan gran difusión a las olas de derecha y, especialmente, de extrema derecha, proyectan un imagen de que el mundo va hacia la derecha. Lo cual tiene elementos de verdad, pero está lejos de dar cuenta de todas las tendencias, complejas, del mundo contemporáneo.

El gran viraje a la derecha se ha producido hace algunas décadas, con el fin del campo socialista y la hegemonía neoliberal en el mundo. La fuerza de este modelo lo ha hecho cooptar a partidos socialdemócratas por todo el mundo y fuerzas nacionalistas, como fue el caso en México y Argentina. La proyección de Estados Unidos como única superpotencia mundial expresó esos cambios de forma global.

Sin embargo, otros fenómenos recientes parecen apuntar a un nuevo ciclo de fortalecimiento de la derecha. La crisis migratoria que llegó a Europa ha expandido la extrema derecha, llegando hasta Escandinavia, mientra se consolidaba en Francia y se desarrollaba en Alemania y en otros países. La votación del Brexit y la candidatura de Donald Trump en EE.UU., así como el cambio de gobierno en países como Argentina y Brasil, son tomadas como ejemplos de una nueva ola derechista en el mundo.

Lo cual no es errado, pero no puede ser tomado como única expresión de las tendencias actuales, ni tampoco ser agregado a expresiones de derecha sin más. El fenómeno de Trump no es más importante, en perspectiva, que el de Sanders, primer candidato con un discurso anticapitalista que logra un apoyo sorprendente en las primarias demócratas, movilizando a nuevas generaciones como ningún otro lo había logrado. Al Brexit se puede contraponer el surgimiento de Jeremy Corbin, el nuevo líder de izquierda del Partido Laborista inglés. En la misma crisis europea, han surgido, por primera vez, fuerzas con capacidad de disputar la hegemonía a los partidos tradicionales, como Syriza en Grecia y Podemos en España, aun con las dificultades típicas de la austeridad todavía predominante en el continente.

Aun fenómenos como el Brexit o el apoyo de Trump son expresiones catalizadas por la derecha, del descontento de amplios sectores de la clase obrera de esos países con la globalización, cuya reacción puede volver a los cauces progresistas. Al igual que la extrema derecha ha logrado, en varios países europeos, capitalizar el descontento de sectores populares en contra del euro, puede volverse hacia la izquierda, si sale de la trampa de la política de unidad europea con el eje en la moneda única y la correspondiente política de austeridad.

Los grandes temas de la derecha están desgastados en la opinión pública mundial, sea el modelo neoliberal, siempre derrotado en las elecciones europeas, si como la hegemonía global de EUA, que ha diseminado las guerras en el mundo. Los discursos con acogida popular son los del Papa Francisco, de Pepe Mujica, de Lula, de Evo Morales, de Trudeau, de Sanders, y no los Angela Merkel, del FMI o el Banco Mundial.

Aun en América latina, donde la derecha ha recuperado capacidad de iniciativa, ha tumbado gobiernos, en el caso de Brasil lo ha hecho en contra de inmensas movilizaciones y ha instalado a un gobierno sin ningun respaldo popular, mientras que el único líder politico nacional con prestigio es Lula. En tanto que en los países donde sigue gobernando la derecha

desde hace años, como México y Perú, por ejemplo, no hay gobernante que se mantenga con prestigio más que uno o dos años al comienzo de su mandato, para luego ver cómo sus candidatos son derrotados en las elecciones siguientes. Los líderes populares con perdurabilidad en el continente son de izquierda: Pepe Mujica, Rafael Correa, Evo Morales, Lula, Cristina Kirchner.

Lo que hay es una debilitamiento de las alternativas conservadoras, de la derecha tradicional, así como las representadas por los partidos socialdemócratas en Europa, o el mismo Partido Demócrata en EE.UU., surgiendo alternativas a la izquierda, pero también a la derecha. En Escandinavia se ha terminado la hegemonía tradicional de la socialdemocracia, que pierde bases obreras incluso a manos de las emergentes fuerzas de la extrema derecha. En el conjunto de Europa hay una pelea entre las alternativas de extrema derecha y las de las nuevas izquierdas, frente al agotamiento de los bipartidismos tradicionales. En la misma América latina, la disputa es entre los viejos y fracasados esquemas neoliberales de la derecha y la capacidad de renovacion y recuperación de fuerza de la nueva izquierda, que representa a las fuerzas posneoliberales. Nadie prognostica un buen futuro para los nuevos intentos neoliberales, permitiendo que la izquierda recupere capacidad de acción, por el enorme respaldo popular, mayoritario, que la lucha en contra del neoliberalismo posee.

Fuente: Página12, 14.10.16 por Emir Sader, sociólogo y politólogo brasileño

11. Un Nobel explosivo por Mirko Lauer

El Nobel para Bob Dylan va a ser intensamente debatido por mucho tiempo. Para los primeros reproches la Academia Sueca acaba de redefinir el premio, pues ubica al del 2016 más allá de las fronteras de la literatura. No es una crítica a Dylan, cuyos méritos son indiscutibles, sino al premio, por haber transgredido los límites de lo literario.

La discusión acerca de si Dylan es sobre todo poeta o compositor/cantante empezó hace un par de decenios, con buenos argumentos de los dos lados. Hasta aquí era una discrepancia formal, pues nunca fue necesario trazar una línea entre los dos aspectos. El premio concedido ayer quizás cambia varias cosas.

Por lo pronto le abre una nueva legitimidad a aquellas letras de canciones en las que es posible detectar una calidad poética. Así, se debilita el tabique (cultural, psicológico) que separa esas letras de las letras, por lo menos como entendemos a estas últimas hoy en occidente. Por ejemplo la poesía como algo que tomamos de una página.

Como debemos entender que la Academia Sueca ha premiado a un poeta, algunos han abierto la cuestión de cuán buen poeta es Dylan separado de su música. O la de si su poesía solo es válida envuelta en la música y la voz de Dylan. Por lo menos este columnista recuerda muchos de sus textos que se sostienen solos. En silencio, por así decirlo.

Aunque muchos de sus textos no quiere decir todos sus textos. Sus letras reunidas darían por sí solas un tomo desigual. Pero una selección antológica de lo mejor daría un libro con poesía de primera calidad, pienso. ¿Al nivel de los poetas que ganaron el Nobel en los últimos tiempos? Por lo menos anda por el vecindario.

Para los defensores del premio, uno de los méritos de Dylan es precisamente haber rescatado para la poesía su antigua relación con la música, ganándole así públicos inesperados. Desde otro ángulo, Dylan ciertamente amplió el espectro y subió el nivel de lo que significa una buena letra para canción.

Lo cantó Dylan en 1964: “Vengan escritores y críticos / Que profetizan con la pluma / Los ojos bien abiertos / No habrá otra oportunidad / Y no se adelanten a hablar / Pues la rueda aún está girando / Y no hay cómo decir a quién / Está nombrando / Pues el perdedor de hoy / Ganará más adelante / Pues los tiempos están cambiando”.

Fuente: La Republica, 14.10.16 por Mirko Lauer, escritor, poeta, ensayista y politólogo peruano

Instituto PRISMA

Tel: 591 2 279 96 73

Fax: 591 2 211 7326

Calle 21 Nr. 8227 Torre Lydia, oficina 201, Calacoto, La Paz – Bolivia

Edición a cargo de Ronald Grebe